



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1343.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

ELECTRA

Ballarina «bien», pequeñita, preciosa hasta el vértigo,
con unos ojos que parecen el alma de un usurero.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
CARLOS MIRANDA
Las tres Pankhurst
FIACRO YRAYZOS
¡Un día una pastoral...
ANGEL G. LUGEA
Bucólica sangrienta.
EZEQUIEL ENDÉRIZ
El ingenioso amor...
N. HERNÁNDEZ LUQUERO
Hetaira.
GEÓRGICO
¿Fue hoja de parra ú hoja
de higuera?
FIDEL PRADO
¡Y armas al hombro!...
MANUEL CASADO
El crimen de Darío.
F. SERRANO BAENA
Una viuda incansable.
TOVAR, DEMETRIO
Y AFRODITA
Varios dibujos y retrato de
Electra.

5 céntimos



SECCION VERMOUTH

A un concejal de los de nuevo cuño, se le ha ocurrido una salvadora idea: crear un nuevo tributo.

Es axiomático: á edil novato, impuesto en puerta. Para eso más valiera que tan sesudos arbitristas se fuesen á freir espárragos ó hacer otros menesteres íntimos, en vez de sentirse administradores de la cosa pública. Y es que hay muchos que se empeñan en manosearla, sin advertir que tantos golpes la van dando, que acabarán

por dejarnos la cosa completamente inservible.

Según ese parto sublime del intelecto concejil, se trata de establecer un impuesto sobre el servicio doméstico con escala gradual. Por una doméstica pagaremos cinco pesetas al año; por dos, cuatro duros; nueve, por tres, y así sucesivamente, con lo cual resultará que los contribuyentes tendremos que prescindir de tener criadas y hasta abstenernos de poseer criadillas. ¡Y cuándo se les ha ocurrido la implantación de ese tributo! Ahora que el servicio está imposible, porque entre el cupletismo y las danzas orientales nos han dejado sin chicas que se dediquen al honraio fregadero. En cuanto que tienen un poco de desarrollo pectoral, y algo de abultamiento dorsal, dos pares de medias de gasa y un corsé recto, le piden al señorito que las proteja, recomendándola para el libre ejercicio del molinete en cualquier cine de cualquier empresario amigo. Porque es lo que ellas dicen: «Ahi está la fulana, que es atracción, y la mengana, que es estrella; ¿y cómo empezaron á hacer la carrera? pues, teniendo un señorito que les dió el empujón á tiempo, estrenándolas con su gran influencia.» Claro es que algunas se quedan al comienzo de la carrera, pero es, ó porque el protector no la tenían lo suficientemente grande que para eso se necesita, nunca porque ellas no hallan puesto de su parte todo lo que su parte puede dar de sí.

Además, ese impuesto no es equitativo porque igual justiprecia á un ayuda de cámara, que á una doncella, y en eso no podemos estar conformes, porque habrá quien le sirva mucho mejor un ayuda de cámara, que sobre gustos hay mucho escrito, pero la generalidad estamos más de acuerdo con que nos sirvan las doncellas, y la verdad, es hacerlas de menos tarifar en la modestísima cantidad de dos duros ¡nada menos que una doncella! Pero al concejal, autor del proyecto, le da por lo

YA LO DICE EL REFRÁN Ó LAS EXIGENCIAS DE... UN CAJISTA



Ella.—¡Por lo que más quieras, Miguel, no me pidas esas cosas en esta calle!

visto igual un ama de cría, sea ó no primeriza y con leche fresca, que una niña tiernecita de esas que sólo sirven para jugar con los hijos del dueño de la casa, y en los ratos de ocio, con el propio dueño.

En cambio, tarifa á cincuenta pesetas una miss y á igual cifra á los preceptores. Lo de la miss, no está del todo mal, sobre todo si es especialista en lenguas vivas, pero lo del preceptor, me parece un poco caro.

De todo esto resulta que entre unas cosas y otras la vida material se va haciendo imposible y que va á ser cosa de inventar algo que nos permita existir sin necesidad de tener que comprar alimentos y tener domésticas que nos los condimenten, resolver el problema orgánico, como la leyenda dice que lo resuelven los camaleones.

Aunque no están los tiempos para inventos, porque á lo mejor le cuesta á uno un disgusto morrocotudo como el que acaban de darles á varios farmacéuticos de París.

A uno de ellos, se le ocurrió inventar una pócima que tituló «el paraíso artificial» y que consistía en un preparado de cocaína, opio y otros ingredientes, el cual específico tuvo pronto un éxito loco entre las grisetas de Montmartre que se dieron á tragar el preparado con fiero entusiasmo.

Las jóvenes quedaban como aletargadas y en su sopor soñaban con un paraíso delicioso, y de ahí el título que á su invento dió el aprovechado boticario que ganaba los francos á espuestas.

Las interesadas veían en su sueño de oro cosas estupendas, todas ellas relacionadas con las dichas más extraordinariamente grandes, que jamás pudieron concebir, y en su ilusión no sólo las veían, sino que las tocaban, las acariciaban y disfrutaban de ellas en términos que gran número de ellas, al despertar, eran víctimas de intensos trastornos nerviosos que

pusieron en peligro la vida de varias de las alicinadas.

Esto puso en alarma á los médicos que lograron descubrir la causa de tales afecciones y dieron cuenta á las autoridades, averiguándose que, atraídos por las ganancias de un vivo colega, doce boticarios se dedicaban á la lucrativa industria de preparar el veneno encerrado en el «paraíso artificial» y todos ellos han sido con-

UN FENÓMENO



El'a.—Siéntese usted, Ramiro, que tergo que decirle dos cosas gordas de mi marido.

El.—¿Más?

denados por los jueces á un mes de cárcel.

De este sucedido parisino se saca una consecuencia poco gallarda para los hombres, vecinos de las grisetas intoxicadas con la cocaína, el opio y demás ingredientes de botica: que no les pueden proporcionar la cantidad de dicha que ellas necesitan y tienen que acudir al narcótico para conseguirla.

Pero también puede ocurrir que esas jóvenes sean demasiado exigentes y no encuentren en la realidad lo que en el ensueño consiguen.

En cuyo caso, su ideal es un paraíso no habitado más que por elefantes, megateriums, mastodontes y demás animales de enorme alzada.

¡Rediez con las grisetas de Montmartre!

Un pequeño REPORTER

VIENDO «TANGUEAR».



Una.—¿Ves cómo hay un momento que se cruzan las piernas de la pareja?

La otra.—¡Pero eso lo bailamos nosotras todos los días y no se llama tango!

Las tres Pankhurst

6

«Si las mujeres mandasen...»

Mistress Pankhurst, la ayunadora, tiene dos hijas: la mayor, Chistabel, es encantadora; y es Sylvia horrible, la menor.

Mistress Pankhurst, que tiene á gala ser «sufragette» allá en Londres, se hizo á sí misma generala de sus colegas de la Albión.

Mistress Pankhurst, la sufragista, «se trae» un genio tan feroz, que va del voto á la conquista por el camino más atroz.

Mistress Pankhurst, á sangre y fuego, todo lo arrasa; y el pendón que ella enarbola, en su odio ciego contra «the men», es la explosión.

Mistress Pankhurst es más «bombista» que el gran Belluga; y, en su horror al hombre, se hizo sufragista... porque no le hacen ya el amor.

Mistress Pankhurst, á las que gimen de «nuestro» yugo al peso atroz, manda gritar: «¡Vote for women!» (1) y «¡No más polvos, ni aun de arroz!»

Mistress Pankhurst, á sus dos nenazas les dió por credo la expresión de «¡Caigan bombas, y allá penas... aunque se hunda la nación!»

Mistress Pankhurst está muy triste porque Christabel, la mayor

(1) Pronúnciese la o como i.



El.—¡Un beso nada más; le doy á usted mi palabra de que sé contenermel

Ella.—¡No, por Dios, que lo que no sabe contenerse después del primer beso, soy yo!



de sus dos hijas, se resiste
ya á secundar su fiero ardor.

Mistress Pankhurst se regodea
viendo que Sylvia baila al son
que ella le toca, y que es más fea
que Bergamín el de Instrucción...

Mistress Pankhurst, que por sus hijas
siente un sincero y hondo amor,
las va á meter en dos botijas...
porque el casarlas le da horror.

Mistress Pankhurst, cuyos placeres
son el incendio y la explosión,
sueña en que manden las mujeres,
y no los hombres, en la Albión.

Mistress Pankhurst, como es ya vieja,
no halla quien hágale el amor;
y así á sus niñas no las deja
que hallen, al hombre, «seductor»...

Mistress Pankhurst está «ngañada
de medio á medio, porque yo
sé que han de «darle la tostada»—
como decimos en «caló»...

Mistress Pankhurst está en la higuera,
porque Christabel, la mayor,
como es tan dulce y hechicera,
no es como Sylvia, la menor

Mistress Pankhurst está «mochales»,
porque sus hijas en Londres
darán, al fin, con dos «chavales»
que abuela la hagan en la Albión...

Mistress Pankhurst, aunque no quieres
que ellas se rindan al amor,
como no mandan las mujeres...
¡tendrá cada una su «elector»!

Carlos MIRANDA

¡Un día una pastora!...

(CUENTO BUCÓLICO)

Después de la historieta que voy á re-
ferir ríanse ustedes, menos de la colosal y
maravillosa sinfonia de Beethoven y de to-
das las pastorales, incluso de las episcopa-
les y de las famosas de Virgilio; de *Pu-
blius Vergilius* (sic enim Romani voca-
bant); ríanse ustedes de su *Bucólica* con
las diez églogas, de las *Geórgicas* con sus
cuatro libros y de la *Eneida* con su docena
de cantos.

Aquello de los pastores que tocaban la
flauta junto á su amada dejando al aire
el agujero, pasó á la historia de la litera-
tura candorosa, y hoy nuestros pastores,
siguen tocando la flauta, es verdad, pero
procurando tapar al mismo tiempo el agu-
jero. De ambas maneras siguen siendo
inocentes y bucólicas nuestras pastoras,
incluso la Imperio, pero siempre es mejor,



La vieja.—Sí, don Robustiano, me duele una
muela y voy á que me la saquen.

El viejo.—¡Quién pudiera decir lo mismo!

según mis clásicos, tapar el agujero para que la canción, si suena, sea más sonada.

El suceso ó sucedido, ocurrió en la montaña de mi tierra aunque lo mismo pudo haber ocurrido en cualesquiera otras montañas en las que hubiera una choza con su pequeño redil, una pastora inocente y bonita, y un pastor astuto y malicioso enamorado de la pastora.

La chica se llamaba Ignacia y de tal modo defendía su virtud de las asechan-

llar azul del que prendió una campanilla de plata, y cuando triscando el corderito se alejaba de su lado, el tintineo de la campanilla le servía de reclamo y siguiendo el argentino sonido encontraba al corderito y de nuevo lo cogía entre sus brazos. ¡Qué alegría la de la muchacha cada vez que extraviado su cordero conseguía encontrarle!... Un día que Fermín convencido de que nunca podría conseguir que la Ignacia se rindiera, encontró al

corderito, solo, triscando entre unas peñas, cargó con él á cuestas y se retiró á hurtadillas, seguro de lo que por la noche ocurriría en la choza

No era difícil adivinarlo. Al recoger la Ignacia su rebaño echó de menos á su corderito. En vano trató de buscarlo; la campanilla no se oía por ningún lado: — ¿Dónde podrá estar? — decía la pobre pastora. — ¿Se habrá muerto? ¿Me lo habrán robado? Y la infeliz lloraba amargamente pensando en su cariñoso corderito.

Llegó la noche, encerró el rebaño en su redil y ya

iba á tumbarse en su oloroso y mullido colchón de heno, cuando en medio del silencio oyó á lo lejos el sonido de la campanillita de plata. La alegría que inundó su alma, hubiera podido cantarla Virgilio en una de sus églogas, pero yo, que no soy *Vergilius* ni cosa que suene á eso, lo dejo á la consideración de mis lectores. Rápidamente abrió la pastora la puerta de su cabaña y salió presurosa en busca del corderito. La noche era oscura y el robledal estaba próximo. Ya creía por el sonido de la campanilla que estaba cerca del animalito, cuando el sonido se alejaba. Un poco más y ya era suyo. Se volvía á acercar y volvía á alejarse el tintineo; y así una vez y otra vez hasta que poco á poco, siguiendo el engañoso reclamo, se internó en lo más espeso del ro-

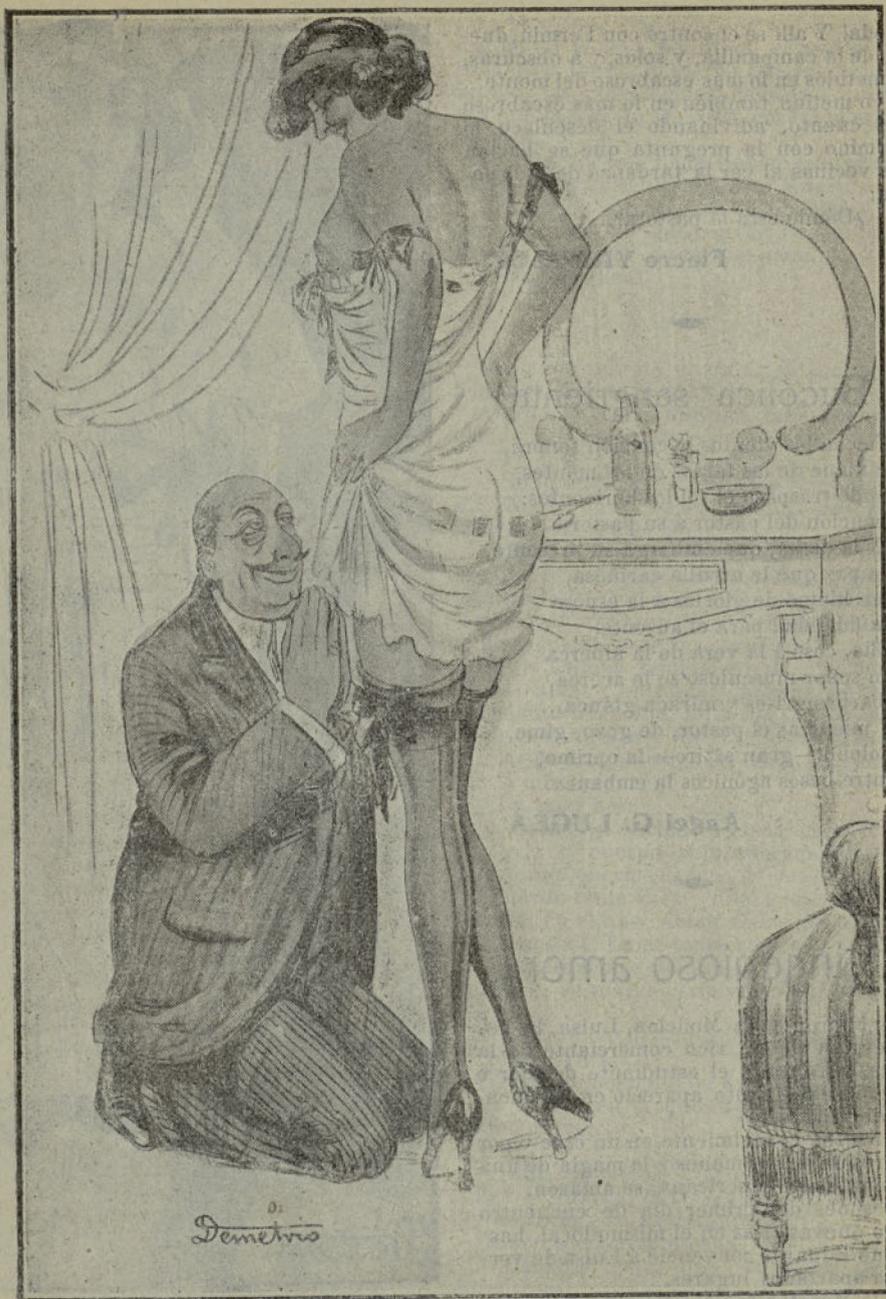
DIBUJOS SIN TERMINAR



Núm. 2.

zas de zagales y pastores, que no admitía de ellos ni requiebros, ni frases cariñosas, ni mucho menos declaraciones de amor, ni citas, aunque fueran tan puras como la leche que vendía de sus ovejas. Pero á Fermín, que era el pastor enamorado de la Ignacia, no le convencían las pudorosas razones de la muchacha; y al ver que ni tocando la flauta ni recitándole endechas tiernas que improvisaba su rústica fantasía podía convencerla ni conseguir, por lo tanto, sus favores, recurrió á la astucia que, como verá el lector, suele dar siempre mejores resultados.

La Ignacia tenía un corderito predilecto con el que se entretenía en sus horas de pastoreo, que eran muchas, acariciándole y adornando sus blancos vellones con cintas de colores. Púsole al cuello un co-



El.—¡Perdón, Lili; después de la bajeza que he cometido contigo, comprendo que me desprecies!...

Ella.—¡Al contrario, así únicamente puedo tolerarte!

bledal. Y allí se encontró con Fermín, dueño de la campanilla, y solos, y á obscuras, y metidos en lo más escabroso del monte... y yo metido también en lo más escabroso del cuento, adivinando el desenlace, lo termino con la pregunta que se hacían las vecinas al ver la tardanza de la Ignacia:

—¿Dónde está la pastora?...

Fiacro YRAYZOZ

Bucólica sangrienta

Flecha los vientos la canción sonora, que viene de las faldas de los montes, cuando traspasa el sol los horizontes: la canción del pastor á su pastora.

Es la dicha, que embarga su presente, es la paz que le arrulla cariñosa, es un himno de glorias á la esposa toda fidelidad para el ausente.

Ella, cose á la vera de la alberca y un señor musculoso se le acerca, de barbas grises y mirada glauca...

Y mientras el pastor, de gozo, gime, el colono —gran sátiro— la oprime, y entre besos agónicos la embauca.

Angel G. LUGEA

El ingenioso amor...

Se citaron en la Moncloa, Luisa, la bella esposa de un rico comerciante de la corte, y Eduardo el estudiante decididor é ingenioso que tanto apareció en los cuentos de picaros.

Hicieron conocimiento en un *cine* y por la presión de sus manos y la magia de una película norte americana, se amaron.

Después del primer día de encuentro hubo nuevas citas en el mismo local, hasta que Eduardo convenció á Luisa de verse en apartados lugares...

Y la Moncloa fué el sitio elegido por los amantes furtivos.

Realmente, la Moncloa es un paraje propicio al amor. Triunfa en ella la suavi-



«LA HOJA DE PARRA»

—¡Tapa, tapa, que no tengo ganas de que me denuncien otra vez!



RA, Á SU DONCELLA

en otra vez

dad de un paisaje bellissimo, el ambiente tibio de la tierra, el sol, las plantas, y por último, las ondulaciones, cuevas y rincones que la forman y le dan encantos misteriosos.

Sus atardeceres nada tienen que envidiar á los crepúsculos del Mar Muerto.

No extrañéis, pues, que la Moncloa y el Parque del Oeste sean convertidos en jardín de amor, por lo que aún aman...

¡Dichosos ellos!

El blando refugio de un árbol protegía á la pareja sentada en un banco.

Atardecía y el sol se ocultaba enrojeciendo la magnificencia del paisaje.

—Te amo, Luisa, te amo...

—No lo dudo, Eduardo... Yo también á ti... No lo dudo... Pero cuanto más me intereso por ti más miedo tengo...

—¿Miedo?... ¿A qué?... Yo soy un hombre que te defenderá contra todo... ¿Oyes? ¡Contra todo! Que está dispuesto á afrontar los mayores sacrificios... ¡Pero necesito de tus besos y de tus caricias!

Luisa callaba temblando de emoción. Fué á hablar y no pudo. Tartamudeó con el encanto femenino. Eduardo se hizo cargo de la situación y apretando sus manos con las de Luisa acercó su cara, se cruzaron la mirada y...

¡El primer beso!

La sensación nacida en los labios corrió por todo el cuerpo voluptuosamente. Y enlazó una enorme cadena de besos...

Eduardo tenía diez y nueve años y un corazón en el que cabían todas las mujeres hermosas; Luisa tenía veintidós y era un temperamento que nunca entendió don Bernabé, su marido, frío como sus cálculos.

El choque entre Eduardo y Luisa resultó, pues, brutal.

Y llegó el momento en que la vista todo lo ve turbio, en la que la razón y la voluntad huyen...

—¿Eh?... ¡Señores!... ¡Que estoy yo aquí! Era el guarda, bajo, rechoncho, con su bigote recio y su gesto autoritario.

Hubo orden en la escena.

—¡Camará!... ¡Si que son *ustés* desaprensivos!... ¡Pues no es *nal*!... ¡Como en los tiempos del paraíso!

Ella volvía el rostro espantada. El miró fijamente al guarda y afrontó la situación.

POR LO QUE RIÑEN LOS NOVIOS



Ella.—¡Bueno, pues si te enfadas ya te consolarás!

El.—¡Me voy; no puedo resistir eso de que todos los días me armes la gorda y me tenga que consolar yo solo!

—Bueno, termine usted. ¿Qué hay?

—¡Hombre! ¿Entoavía moños?... Ahora veréis... ¿Cómo se llama usted?

Vaciló un momento Eduardo y dijo rápido:

—Bernabé Cuestas.

—¿Y la... señora?

—Luisa Andovales.

—¿Con que, Andovales, eh? Y apuntaba con un lápiz recio en un papel sucio. Bueno... ¿Domicilio?...

—Tal y cual.

—Pues en el Juzgado nos veremos y buen provecho.

Se quedaron helados.

Luisa, cuando desapareció el guarda dijo:

—¿Lo ves?

—¿Qué?... Esto no es nada. ¡Dios mio qué disgusto! Si él se entera... Oye, ¿y por qué has dado el nombre de mi marido?

—Pues .. por eso. Verás. Si doy mi nombre estábamos perdidos. Así estamos salvados. Bastará con que mañana mismo traigas por aquí a tu marido, cueste lo que cueste, y repitais la escena... ¿Comprendes?...

—Pero...

—Yo os sigo, me visto de guarda y eu el preciso momento... ¡Pum! «¿Eh? ¡Señores! ¡Que estoy yo aquí! etc.»

Tómaré vuestros nombres, irá a tu casa la citación del Juzgado y tu marido pagará la multa sin la menor sospecha.

Luisa soltó una carcajada tranquilizadora, llena de encanto:

—Eres un maestro de ingenio...

—¡Bah! Poca cosa es esa cuando se quiere.

Fueron á besarse nuevamente, pero el miedo al «¿Eh?... ¡Que estoy yo aquí! les detuvo»..

El pian de Eduardo se ejecuto conforme él lo habia pensado.

Don Bernabé fué de paseo con su espe-

¡QUÉ TIEMPOS AQUÉLLOS!



Ella.—¿Se acuerda usted de cuando jugábamos al escondite?

El.—¡Ya lo creo! Pero lo que más gustaba á usted era el nabero por detrás ¡y á las siete y media!



—¡Ay... el delirio... en mi vida, ¡vidaré esa noche!

sa Luisa y cayó en el mismo sitio y bajo el mismo árbol amparador.

Eduardo, de pronto. llegó:

—¿Eh, señores?... ¡Que estoy aquí! ¡Camará, si que son *ustés* desaprensivos!

Tomó los nombres entre la risa del propio don Bernabé á quien le hacia gracia la aventura de verse cogido con su propia mujer y fuese después con el paso tardo de los guardas auténticos.

En el Juzgado ha pagado don Bernabé la multa y Luisa y Eduardo hacen por ahí las mayores locuras.

Si son sorprendidos en alguna ocasión, ya se sabe; repite Luisa la escena con su esposo al día siguiente y... ¡todos contentos!

Ezequiel ENDÉRIZ

.....
 Léed en **EL LIBRO POPULAR**
Los toreros de invierno
 novela completa por
A. DE HOYOS Y VINENT
 20 céntimos

HETAIRA

Miénteme un amor loco con tus labios pinta-
 [dos,

mirame con tus ojos circundados de ojeras,
 que, de tus falsas gracias mis ansias prisioneras,
 no ven en ti á la esclava de los goces pagados.

Has puesto en mi alma inquieta el miraje difuso
 de un ideal que huía á mis fiebres pasionales;
 ¡tú has escrito en mi vida con letras inmortales
 la estrofa alada que otra mujer jamás compus!

Te debo, pues, perversa oficiante del Vicio,
 la gloria inestimable de mil horas dichosas
 de tu amor de hetaira el raro sacrificio.

Premio para un poeta más valioso y fragante
 que el entrevisto en vacuas, largas horas tedio-
 [das
 tras el cariño casto de nuestra honesta amante.

N. HERNÁNDEZ LUQUERO

ENTRETENIMIENTOS BÍBLICOS

¿Fué hoja de parra ú hoja de higuera?

¿Por qué ha de ser la hoja de parra la destinada á cubrir los desnudos? Dice la Biblia que cuando Adán y Eva pecaron, conocieron que estaban desnudos (lo cual es mucho conocer) y se cubrieron. Aquí los comentaristas opinan unos que se cu-



El.—Señorite, usted perdone si insisto en creer que es usted Purita Regocijales.

Ella.—Pues yo le ruego que se retire, y además le aseguro que no soy Pura.

brieron cuando pecaron, otros después que pecaron; pero lo cierto es que se cubrieron. ¿Y con qué se cubrieron? Para esto hay que saber, qué árbol fué el árbol de la ciencia del bien y del mal. El Paraíso dicen era un país regado por cuatro ríos, en la Palestina, que serían los ríos Eufrates y Tigris, subdivididos en dos ramas cada uno antes de la desembocadura en el golfo pérsico.

También podría estar entre Madrid y Aranjuez donde están los ríos Lozoya,

Manzanares, Jarama y Tajo. Ese árbol célebre dicen unos si fué un manzano, otros creen que fué una higuera. Esta es la opinión más probable, pues no era tan camueso Adán para perder tanta felicidad por una camuesa, pero por una breva, eso ya es otra cosa. Bretón de los Herreros dijo:

*Si Adán perdió el Paraíso
fué por Eva
que probar vedada quiso,
no sé si manzana ó breva.*

Y también el refrán: ¡no caerá esa breva! Además, los botánicos que han estudiado la flora de la Palestina dicen que el manzano no se cria en esas latitudes y la higuera abunda mucho allí. También en los cuadros sagrados donde se reproduce la escena bíblica los taparrabos de Adán y Eva son hojas de higuera y no de parra. Y es natural que así sea, porque la hoja de parra cubre poco, y no es lógico que Adán y Eva, dispuestos á cubrirse, se cubrieran á medias y con la hoja de higuera se podían cubrir del todo. Y aunque después de comerse la breva fuesen á por uvas, y conocieran que estaban desnudos después de comer la breva ó las uvas, teniendo tan cerca para elegir entre pámpanos ú hojas de higuera, lo más natural era que eligieran éstas, porque si se hubieran cubierto con pámpanos, cuando les cayeran éstos se quedarían *despampanantes*.

También es verdad que Echegaray dijo: Los chistes primaverales se cubren con hojas de parra, y es muy corriente esta tradición. Yo creo que esto proviene del dios Baco, al que coronaban su cabeza de pámpanos, y las bacantes, sus discípulas, cuando estaban vacantes, quitaban las hojas de parra del dios y cubrían con ellas sus desnudos y asistían así á las bacanales. De aquí debe provenir el que la hoja de parra haya postergado á la hoja de higuera. Pero entre la tradición pagana y la bíblica, hemos de preferir la bíblica, aunque haya poca diferencia entre ir por uvas y comerse la breva.

Además, este fruto, es un símbolo característico en todas las lenguas y naciones. El pecado original, llamado así por algunos por creer es el origen de la especie humana y porque fué el pecado de coito, es una opinión muy vulgarizada y debe desecharse en absoluto, pues Dios les dijo: Creced y multiplicaos, y no iban á multiplicar estándoles prohibido hacer toda cla-

se de operación con los dos factores. Esto hubiera sido, además, una contradicción palmaria y una desesperación que ni el suplicio de Tántalo y Adán y no era tan *tóntolo*.

No sería mala sorpresa la de él, cuando despertó de aquél sueño tan profundo, que no sintió le sacaran una cosilla y se encontró aquella hembra con aquellos entrantes y salientes, y aquellos altos y bajos, y pasea que te pasea juntos sin conocer que estaban desnudos, hasta que vino un tercero en discordia, una serpiente, y le tocó á Eva el punto flaco y, cataplúm, vino el maldito mordisco con todas sus consecuencias.

En conclusión: fué fruta lo que comieron Adán y Eva y fué una breva y no una manzana, por más que á la boca de la serpiente, que aplasta el pie de la Virgen, le pongan una manzana, esto es una falsa interpretación. Y aunque la parra creciera junto á la higuera y subiera por ésta, y se entrelazaran sus hojas, y crecieran juntos los racimos y las brevas, y hasta suponiendo que comieran de todo, al tratar de cubrirse, no hay duda, tomarían lo que tapara más para no quedarse al des-

cubierto, y aunque el *Pequeño Reporter* diga que fué hoja de parra con lo que se cubrió Eva y Adán con un plátano silvestre, no les quepa duda alguna que fué hoja de higuera. Aquí podría citar á muchos santos Padres y al mismo Carulla en pro de mi afirmación.

Ya lo sabe el señor director de este semanario, cuando se le seque la HOJA DE PARRA y tengan que mudar de roma la substituyen por la Hoja de Higuera.

GEÓRGICO

¡Y armas al hombro!...

A Juan Flor Aranquistán regalaron por San Juan una hermosa camiseta, que su consorte Enriqueta le guardó con mucho afán.

Ayer la sacó Juan Flor entre bolas de alcanfor donde su esposa la tiene, se la probó, y con terror observó que no le viene.

Fidel PRADO

12

LA IDEAL RUM.

Bueno, bueno, basta de palique y doble *usté* la hoja; que, á este paso, no va *usté* á salir de la primera plana.

EL CURIOSO LECTOR.

Como que me encuentro en ella la mar de á gusto. Palabra. Mire *usté*: si me hiciera *usté* un ladito ahí adentro... to lo más adentro que pudiera...

LA IDEAL RUM.

¿Qué pasaría?

EL CURIOSO LECTOR.

Que, á los diez minutos, nos habían echao á los dos por faltar á las ordenanzas municipales.

LA IDEAL RUM.

Entonces, no me conviene.

EL CURIOSO LECTOR.

¡Lamentable!

9

Con la cara ya tienen bastante; no sean ansiosos.

¡Ay, qué cara, qué cara, qué cara!

¡Ay, qué cara me traigo aquí yo!

¡Ay, qué cara, qué cara, qué cara...

¡Dios mío, qué cara...

le cuesta mi cara á más de un gacból

(Gesticula).

HABLADO

EL CURIOSO LECTOR.

(Que sale por la derecha). ¿Se pué hablar ya?

LA IDEAL RUM.

¿Que si se puede hablar? ¡Ay, qué gracioso! *Usté* me ha confundido con Romanones, pongo por presidente del Congreso.

EL CURIOSO LECTOR.

Oiga *usté*, joven: aunque to Dios conoce el pie de que *usté* se dizna cojear, digo yo que con Romanones no la confunde á

El crimen de Darío

No ha muchos días ha ocurrido un caso, que está siendo objeto de los más diversos comentarios. Un muchacho español, de diez y siete años ha dado muerte á un moro amigo, en su propio domicilio. Darío, que tal es el nombre del muchacho en cuestión, es robusto, de rostro afeminado, elegante y tímido á la vez; es un vendedor de naranjas de la China que aquí gozaba de generales simpatías.

Al ser preso y ante el juez militar que instruye el proceso ha explicado el móvil y la realización del crimen de la siguiente manera:

—Ben-Maimón, era uno de mis mejores parroquianos. Hará como dos meses que me hizo el primer consumo de mi mercancía, que desde luego me extrañó, pues siempre los moros se habían reído de las naranjas de la China. Desde aquel día su asiduidad á mi pequeño puesto que diariamente establezco en el zoco fué exacta. Todas las mañanas acudía á hacerme el consumo de costumbre sin que tratara de obtener rebaja en los precios por mi

estipulados, cosa extraña en un moro; y no sólo admitía el precio y el género que yo le proporcionaba, sino que demostraba complacencia en conversar conmigo.

Sus pláticas se prolongaron y un día me propuso aceptara un vaso de te en su casa, pues, según decía, había llegado á interesarle mi laboriosidad y constante trabajo y él que sentía por los españoles un vivo afecto y que gozaba entre sus compatriotas de bastante ascendiente, quería dispensarme su amistad, para que empleada por mí como arma, fuera mi mejor propaganda. Yo con las reservas consiguientes é imbuido por la convicción de deslealtad que caracteriza á esta raza, acepté esta amistad, pero sin olvidar precauciones que siempre he creído necesarias.

La tarde del crimen se prolongó mi estancia más de lo que yo quisiera. Las sombras de la noche empezaban á ahuyentar el día. Ben-Maimón, hablaba con más entusiasmo de la protección que me quería hacer objeto. Me propuso que abandonara mi azarosa vida y pasara á disfrutar de la tranquila, que cual á un hijo me ofrecía.

10
 ¿Usted ni el ciego Simarro; sobre to, si le deja palpar.

EL IDEAL RUM.

¡Qué! ¿No le dejan!

EL CURIOSO LECTOR.

¿Y un servidor?

LA IDEAL RUM.

A usted, menos; porque usted no es ciego.

EL CURIOSO LECTOR.

¡Mi madre! Por las mujeres soy yo, no ciego, burriciego.

LA IDEAL RUM.

¡Ave María!

EL CURIOSO LECTOR.

¡Ora pro nobis! Si me cegarán á mí las señoras, que hasta en litografía me producen desvanecimientos. Ya lo ve usted: me he venido esta noche al Salón Madrid pa atisbar el elenco femenino, y usted per-

11

done la expresión; acabo de *azquirir* este numerito de LA HOJA DE PARRA pa los entraztos, y no, en cuanto le he echao la vista encima, telón de nubes. Ya se me figura que estoy dialogando con las láminas ¡Viruta perdido!

LA IDEAL RUM.

Pues buen remedio: no mire usted las láminas; no haga más que leer las líneas...

EL CURIOSO LECTOR.

¡A! del Pues eso es precisamente lo que á mí me mata: las líneas; y, sobre to, las curvilíneas.. que usted se trae. Porque usted se las trae. Y lo que siento es que, después, se las va á llevar.

LA IDEAL RUM.

¡No, que me las voy á dejar aquí!

EL CURIOSO LECTOR.

Hombre... perderse, no se perderían.

Yo me excusé. El agareno ponía en sus palabras toda la fuerza persuasiva de que era capaz, y al ver estrellados sus bienhechores proyectos cambió de aspecto. Sus ojos, fosforecían como los de un felino, sus labios dibujaban una equívoca sonrisa. Yo empecé á ver el final de una emboscada. El moro entonces se abalanzó sobre mí, me empujó contra unos cojines y sacó una *gumita* terriblemente larga. Entonces yo, amparado por mi serenidad, eché mano de una navaja que usaba para partir las naranjas, y se la clavé en el corazón en el momento en que el agareno se me venía encima.

Este es el episodio, querido lector, que hoy está siendo objeto en esta plaza de los más diversos comentarios.

Manuel CASADO

Arcila-Febrero.

Una viuda incansable

(CUENTO RELÁMPAGO)

Doña Catalina Rodríguez de la Peña, viuda de D. Agapito González, era una mujer encantadora, que disfrutaba, además de una belleza nada común, de una rentita anual de diez mil *liras* que heredó de su marido; así no es de extrañar que tuviese infinidad de pretendientes que se disputaban, al par que su blanca mano, la administración de su codiciable capital, cuyo número (el de pretendientes) ascendía, sin exageración ninguna, á una docena justamente. ¡Doce opositores para una plaza! En realidad la plaza era apetecible y de positivos rendimientos.

En vista de que la adorable viuda no mostraba preferencias por ninguno de sus adoradores, estando con todos igualmente amable y obsequiosa (es de advertir que todos sus cortejadores eran amigos de su difunto marido, y, por consiguiente, sostenían con ella una franca amistad), éstos, reunidos en consejo, decidieron jugarse el todo por el todo, y cierto día visitaron juntos á la señora de la Peña, exponiéndola su deseo de que eligiese entre ellos el feliz mortal que había de sustituir al que en vida se llamó don Agapito González,

bajo palabra de que respetarían su decisión.

Ella entonces dijo que todos le eran igualmente simpáticos, y que para no desairar á ninguno lo dejaría á la suerte.

A este fin cogió doce sobres y dijo así:



— Con lo abierto que tengo el... apetito, y mi marido sin venir á cenar.

Amigos míos, voy á entrar en cada sobre una tarjeta; en una de ellas pondré, con letras bien claras, el tan anhelado *si*, y aquél que tenga la fortuna de elegir ese sobre será mi preferido: ese ocupará en mi corazón el lugar que ha quedado libre mi pobrecito esposo.

Fué aprobada la idea, y acto seguido

entró Catalina en su escritorio, saliendo al poco rato con los doce sobres en la mano.

—Cojan ustedes uno cada uno —dijo— y cuando yo diga: «¡a la una!», todos á la vez han de abrir el sobre. ¿Estamos?, pues elijan.

Uno por uno fueron cogiendo con manos temblorosas el sobre correspondiente. Terminado que hubo el reparto, á la señal con venida rasgaron los sobres, y todos llenáronse de inmensa alegría: en todos había escrito la misma contestación: ¡sil

Francisco SERRANO BAENA

Leed en **EL LIBRO POPULAR**
Los toreros de invierno

novela completa por
A. DE HOYOS Y VINENT

20 céntimos

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Jacometrezo, 1, 2.º

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑIA
RIVADAVIA, 698 BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, &, viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS**, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.

F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mautuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjase **UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID** (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.